

Las víctimas del feminicidio juarense: mercancías sexualmente fetichizadas

Julia Estela Monárrez Fragoso¹

Resumen

Para entender los absurdos asesinatos de mujeres —y sus atroces características comunes— que por más de una década han tenido lugar en la localidad mexicana de Ciudad Juárez, en este artículo se analiza la condición de la mujer como mercancía y objeto de consumo a partir de diferentes enfoques. Por un lado, se plantea que el análisis de la elaboración, construcción y explotación económica del cuerpo de las mujeres es imprescindible para entender el *feminicidio* en la hegemonía patriarcal y en la hegemonía capitalista. Por otra parte, y desde un enfoque feminista, la reflexión va más allá de la ecuación cuerpos-genéricos-*explotados* por el capitalismo, pues son más bien cuerpos genéricos *exterminados*, producto de las diferentes estructuras del poder en las desiguales codificaciones y fragmentaciones de las mujeres, y de unas relaciones sociales que han permitido la misoginia y el terrorismo sexual hasta convertirlas en mercancías sexuales fetichizadas.

Palabras clave: feminicidio, fetichismo sexual, mercancía, violencia de género.

¹ Profesora-Investigadora del Colegio de la Frontera Norte. E-mail: juliam@colef.mx

Abstract

THE VICTIMS OF FEMINICIDE IN JUAREZ: COMMODITIES OF SEXUAL FETISHISM

This paper analyze the woman condition as a commodity, since several focuses in order to understand the absurd women murders that have taking place for more than a decade in the Mexican locality of Ciudad Juarez. In one hand, it is propound that the analysis of the elaboration, construction and economic exploitation of the women body, is indispensable to understand the femicide in the patriarchal and capitalist hegemonies. On the other hand, from a feminist approach, the reflection goes beyond the equation exploited-generic-bodies by the capitalism; since they are rather exterminated generic bodies, as a product of different power structures in the unequal women codifications and fragmentations, and social relationships which permit the sexual terrorism and misogyny until turn them in sexual commodities of fetishism.

Palabras clave:

1. Introducción

Desde 1990 hasta el presente, más de un centenar de niñas y mujeres han sido secuestradas, torturadas, violadas y asesinadas en Ciudad Juárez, Chihuahua.² Sus cuerpos han sido arrojados en las zonas desérticas, en los lotes baldíos, en los tubos de desagüe y en los basureros por mencionar algunos de estos sitios sexualmente transgresores. En ellos se deposita y se exhibe la total derrota del cuerpo femenino y su poco o nulo valor ciudadano frente a un Estado que desvía la mirada hacia la injusticia. La falta de acciones por parte de este Estado que garantizaran el acceso a la justicia para las niñas/ mujeres asesinadas y la protección a la integridad corporal de las que se encuentran en situación de vulnerabilidad, no sólo ha permitido, tolerado y alentado el feminicidio, «el asesinato de niñas y mujeres por

² De acuerdo con mi base de datos, Feminicidio 1993-2004, trescientas ochenta y dos niñas/mujeres han sido asesinadas desde 1993 hasta el año 2004. Ciento cuarenta y cuatro víctimas han sufrido violencia sexual.

hombres por el hecho de ser mujeres» (Russell, 2001:4)³; sino que esta misma figura política se ha hecho cómplice con los asesinos de la matanza de estas sujetos, algunas nativas de esta ciudad, otras de otros estados de la República, pero todas económicamente marginales. Todas ellas pobres, todas ellas (re)construidas en los discursos para la muerte que el mismo Estado funda para eximir y recrear la violencia del asesino y estigmatizar a la víctima por su sexo, su género, su clase social y su etnia en artículos de consumo para el exterminio.

Cuando se analiza el feminicidio en Ciudad Juárez, la primera noticia y lo primero que llama la atención, es la manera como se abandonan los cuerpos inertes y tiesos en un escenario unidimensional: en los escenarios sexualmente transgresores que son las zonas desérticas, los lotes baldíos, los arroyos, las alcantarillas y en los tiraderos de basura. Estos espacios, desolados, áridos y llenos de porquería son la forma más importante, pero a la vez, la más dramática cualidad de la falsificación, del engaño, de la copia o el remedo de lo que representaron estas niñas/mujeres en sus diferentes realidades sociales y culturales. Porque, al dejar los cuerpos desnudos o semidesnudos en el abandono y en el descuido, se les arrebatan sus identidades históricas, ciudadanas y sus especificidades territoriales, y se les diluye y se les transforma en lo que, Laura Donaldson —refiriéndose al acto de reunir objetos por parte del coleccionista— designa como «cosas» arrojadas al «descuido» a manera de símbolo de su valor más allá de cualquier precio debido a su rareza (1999:3-4). Del mismo modo, tienen otra dualidad simbólica de su poco valor humano, de ser menos mujeres, de ser mercancías fetichizadas sexualmente.

Los testimonios que dieron familiares cuando reconocieron los cuerpos son signos específicos del dolor que se comunican desde el

³ Yo utilizo **feminicidio** (concepto que viene del término *femicide* y que fue traducido por Marcela Lagarde como feminicidio) porque es una aportación teórica y una postura política del feminismo (Radford, J. y Russell, D., 1992; Lagarde, M. 1999; Russell, D. y Harnes, R., 2001). El feminicidio es el asesinato de una mujer cometido por un hombre, donde se encuentran todos los elementos de la relación inequitativa entre los sexos: la superioridad genérica del hombre frente a la subordinación genérica de la mujer, la misoginia, el control y el sexismo. No sólo se asesina el cuerpo biológico de la mujer, se asesina también lo que ha significado la construcción cultural de su cuerpo, con la pasividad y la tolerancia de un estado masculinizado.

cuerpo de la víctima, hasta el cuerpo que observa. Son historias físicas del dolor. Estos signos comunicantes del dolor, estas imágenes visuales se deben leer en una relación dialéctica por quienes los reconocen y los desconocen. Es el cuerpo mediado por el dolor, pero es un cuerpo en dolor que ha sido mediado por el/los asesinos. El dolor es parte de la construcción social del género, pero también es parte de la construcción social del capital y expone al sufriente a la vulnerabilidad de quienes observan su sufrimiento. El cuerpo físico revela los efectos del poder violento y refleja la tensión de la civilización en su conjunto (Pincikowski, 2002:29), y de sus familiares en particular.

La anatomía del dolor sirve para externar la congoja y la pena de familiares y, de acuerdo con el argumento de Pincikowski en su análisis de los cuerpos en dolor y lo que significa la fragmentación de los mismos, en este caso puedo decir que los huesos de la condenada, dispersos y confusos le niegan un funeral apropiado. El honor y el prestigio social están minados. Las partes y fragmentos del cuerpo, que alguna vez fueron objeto de veneración, representan signos de extrema crueldad. Los golpes y las marcas que se encuentran en los cadáveres significan todo un sistema de dolor que define a la mujer sacrificada. Las manos esposadas no pueden unirse o articularse para implorar misericordia, ya no tienen un papel activo, ni siquiera para cubrirse los ojos y la cara ante las atrocidades y ante la muerte inminente. El sexo destrozado evoca la acción y el escrutinio de la agresión masculina, y la indefensión femenina (2002:29-40, 95, 97). Las pertenencias y los objetos que de alguna manera identificaban a las víctimas, intentan, al mismo tiempo, retener su identidad e independientemente de que todos son cuerpos desgarrados, son cuerpos individuales, más allá de lo que se les haya codificado al nombrarlas las «muertas de Juárez.» Las mujeres asesinadas se han vuelto cosas, pero son parte de una relación social que las convirtió en mercancías sexuales fetichizadas.

Por tanto, mi reflexión sigue el análisis de la mercancía en la forma en que estos cuerpos fueron producidos, distribuidos, consumidos (Jhally, 1990:26) y (des)echados. Cuando se analizan las diferentes violencias que se ejercen contra las mujeres, se dice con frecuencia que son parte y efecto de la crueldad en general que vive la ciudad. Por eso, queda oculto y se niega el problema de la diversidad y la desigualdad entre

hombres y mujeres: los vínculos antiguos de la diferencia de género que son violentos. Tampoco se nombran los nuevos vínculos del proceso capitalista y el antagonismo y explotación de las clases sociales que ejercen violencia. Ambas relaciones se quedan a la deriva de este análisis, en el cual los dos sistemas sociales hacen una unión para que el crimen contra las mujeres sea muy concreto, y se les marque con todo un sistema de castigos y suplicios que las mantengan en su estatus de subalternidad frente a la masculinidad arbitraria, y en una condición socioeconómica inferior que las lleva a ser consideradas como propiedades indefensas y con poco valor en el mercado capitalista.

2. La producción de un cuerpo: género y capitalismo

El análisis de la elaboración, construcción y explotación económica del cuerpo de las mujeres es imprescindible para entender el feminicidio en la hegemonía patriarcal y en la hegemonía capitalista. Del mismo modo, ésta es una forma de comprender la configuración de enlace de un aspecto que se relaciona, pero que al mismo tiempo es dialéctico, y que en el cuerpo de las mujeres interioriza los efectos de los dos procesos «*que lo crean, lo apoyan, lo sostienen y lo **disuelven***»⁴ (Harvey, 2003:121). Desde este punto de vista, el cuerpo queda representado y producido por el sistema de género y el sistema económico de clase social como un referente de significados.

Asimismo, el cuerpo y su performatividad no se entienden si no se toman en cuenta su inserción en los procesos sociales y todas las fuerzas económicas, políticas y sociales que rondan su alrededor y lo construyen culturalmente. Entonces, teoría y experiencia deben quedar conectadas en este análisis para relacionar la esfera microsocia del cuerpo físico, tanto de la mujer asesinada como la del asesino, y la esfera macrosocia de las fuerzas que giran en torno a este mismo cuerpo y permiten el exterminio sistemático a lo largo de una década. Omitir lo antes expuesto, presupone desconocer que la cultura y la ideología de cada sociedad «*disfraza y mistifica las contingencias humanas como eternas*

⁴ Subrayado nuestro.

inevitabilidades» (Keesing, 1987:167) de la violencia en general, en la cual se encuentra la violencia mortal contra la mujer. En esta violencia se elige el género, la clase social y la raza de la víctima dentro de una visión misógina mortal.

Si consideramos el cuerpo de las mujeres a partir de una base biológica y como receptáculo de varios constructos sociales que lo moldean, entre ellos podemos mencionar, de acuerdo con Marx, la formación del cuerpo como *apéndice del capital* a través de la circulación y acumulación del capital; y como un cuerpo dócil a través de los mecanismos de disciplina que refiere Foucault, (Harvey, 2003:123) y que las feministas hemos identificado en el sistema de relaciones de género en el patriarcado. Asimismo, señalamos que la clase es la posicionalidad del y la sujeto en relación con la circulación y acumulación del capital; ésta tiene que ver al mismo tiempo con la propiedad sobre los medios de producción y la propiedad sobre los derechos del cuerpo (2003:125).

El cuerpo de la mujer, siguiendo muy de cerca el análisis de Harvey, que como obrera o como reserva de mano de obra, es una persona conformada por organismo y voluntad, la cual vende fuerza de trabajo. La fuerza de trabajo no es otra cosa más que un cuerpo que se transforma en *mercancía*. La extracción de fuerza de trabajo y el plusvalor en los cuerpos de las personas y en sus subjetividades, forman parte de la circulación de capital variable, que se refleja en el *consumo productivo*, *intercambio* y *consumo individual* de las personas (2003:125).⁵ Ahora bien, cómo podemos analizar todos esos cuerpos victimados que se ocupaban como obreras en la maquiladora, empleadas de zapaterías o de tiendas de autoservicio; o de aquellas que todavía no entraban en el proceso de trabajo, sea por edad o cualquier otra situación. Yo puedo decir que aquí cobra validez la expresión de Marx, cuando afirma que estos representan «una mera gelatina de trabajo humano indiferenciado» (1979:47). Algunas no eran trabajadoras en propiedad, pero lo eran en potencia y como tal estarían sujetas a las condiciones que imperan en el mercado laboral para la fuerza productiva monótona e invariable.

⁵ Énfasis nuestro.

El consumo productivo de la mercancía que es fuerza de trabajo en el proceso de trabajo ejecutado bajo el control del capitalista, demanda la movilización del «*espíritu animal, de los impulsos sexuales, de los sentimientos afectivos y de las fuerzas creativas del trabajo para un propósito dado, definido por el capital*» (Harvey, 2003:125), es decir, la producción de mercancías condicionadas por el mercado. Es aquí donde las construcciones de género, raza y etnia están igualmente implicadas en el proceso de circulación de capital variable, por consiguiente en la división del trabajo y el sistema de clases. Estos estándares parciales con los que se codifica a la humanidad imponen generalizaciones inadecuadas (Williams, 2001:279), pero útiles en la compra de fuerza de trabajo que se halla disponible en cada región y tiene un precio en el mercado laboral de acuerdo con su valor agrupado y regulado desde la alteridad.

Esto nos lleva al *intercambio*. El cuerpo obrero intercambia con el capitalista su mercancía que es la fuerza de trabajo, lo que este cuerpo asume como su capacidad para dedicarse a un trabajo determinado. En esa transacción entre el capitalismo y el cuerpo obrero, la condición básica del contrato supone que el capitalista tiene derecho a producir un cuerpo disciplinado para la producción de acuerdo con todo lo que la obrera(o) produzca, según las directrices de la empresa: «dirigir el trabajo, determinar el proceso de trabajo, disponer del libre uso de la capacidad de trabajar durante las horas y según la tasa de remuneración estipuladas en el contrato» (Harvey, 2003:130). En Ciudad Juárez, lo que se refiere al rubro de la industria maquiladora, los descansos obligatorios, permisos, vacaciones, capacitación, supervisión, distribución del trabajo de acuerdo con los cambios tecnológicos para las obreras(os), están determinados por la empresas y con base en las necesidades de la producción (De la O, 2001:64).

El cuerpo obrero como agregado del capital variable, además de ser productor e intercambiador, también se encuentra en la posición de ser consumidor y reproductor en lo que se denomina *consumo individual* como un yo individual y social. Cuando este cuerpo obrero entra en posesión del dinero, ejerce una autonomía de práctica de mercado que tiene que ver con estilos de vida, hábitos y consumo capitalistas (Harvey, 2003:133). Es claro que el estilo de vida de esta comunidad está

moldeado por los procesos que en 30 años la han transformado de una ciudad agrícola y prestadora de servicios turísticos, en un polo maquilador de productos electrónicos y de autopartes para la exportación. No obstante, hay que aclarar que existe un estigma fronterizo de ciudad perversa y perdida por naturaleza que tal como Balderas lo refiere (Balderas, 2002:47-65), el más dañino pesa sobre la mujer obrera que desde su incorporación masiva al trabajo, a partir de 1965, se dio un discurso de nuevas subjetividades hacia ellas (Ibíd., 84-85, 95). A la maquiladora se la veía como la salvadora, pues sacaba a las mujeres del cabaret, pero al mismo tiempo se las veía como de dudosa reputación: transgredían espacios públicos, se convertían en proveedoras del hogar y compraban entre varias un coche y salían a bailar (Ibíd., 100-142). En fin, todo lo que con un salario se puede comprar dentro de un sistema capitalista y, junto con este poder adquisitivo, les permitía transgredir el sistema patriarcal.

David Harvey dice que estas diferentes cualidades corporales que se codifican en el género, la etnia, la clase social, así como los modos de valoración de la persona humana mujer/hombre, incluido el grado de respeto a la integridad corporal y a la dignidad del cuerpo obrero logrados en otros lugares, se encuentran en un medio espacialmente competitivo mediante la circulación del capital. Por tanto: «el desarrollo geográfico desigual de las prácticas corporales y de las sensibilidades de aquellas(os) que venden su fuerza de trabajo, se convierte en uno de los rasgos definidores de la lucha de clases librada por el capital y el trabajo.» (2003:132). Sin embargo, lo global y lo local deben ser analizados como constructos analíticos y de ninguna manera como términos explicatorios o realidades empíricas (Comaroff y Comaroff, 1991:2). De no hacerlo así, se comete el error de utilizar la globalización industrial como explicación de todo y al mismo tiempo como explicación de nada.

Junto al comentario anterior, se debe analizar, cómo esta lucha singular y de competencia que repercute en las diversas prácticas corporales y que les tasa un valor en el mercado laboral, tiene en Ciudad Juárez un sustento histórico y cultural, que ha permitido esa valoración geográfica desigual del cuerpo obrero, en especial del cuerpo obrero femenino. En este contexto debemos recordar cómo el cuerpo obrero

femenino ha sido utilizado como explicación monolítica de un proceso de globalización que permite el exterminio de obreras de maquiladora, «fascinantes y tentadoras» (Fregoso, 2003:9). Pero más allá de estas afirmaciones, es claro que el proceso de industrialización y la clase social no se agotan en la explicación del feminicidio.

De acuerdo a Rosa Linda Fregoso, desde un enfoque feminista el, feminicidio en Ciudad Juárez es mucho más complejo y va más allá de la ecuación cuerpos genéricos *explotados* por el capitalismo, pues se convierten en cuerpos genéricos *exterminados* por un mismo proceso de industrialización en el que ambas condiciones tienen su inicio en el mismo proceso, (Fregoso, 2003:7). Esta autora afirma que es necesario hacer evidentes las diferentes estructuras del poder en las desiguales codificaciones y fragmentaciones de las mujeres. Así, podemos visualizar el poder de la riqueza sobre la pobreza, el poder de la adultez sobre la juventud, el poder de una elite blanca sobre las mujeres *racializadas*. En suma, «una guerra sucia» apuntalada por varios factores contra los cuerpos desechables de las mujeres (Ibíd., 2003, 2), exterminados por la misoginia y el terrorismo político sexual y una manera efectiva de control social para las mujeres donde siempre está presente el poder del Estado sobre el cuerpo social.

Lesley A. Sharp cita a Marx⁶ en relación con las mercancías y al fetiche de la siguiente forma:

Marx reconoció el carácter social de las mercancías producidas dentro de las condiciones alienantes del sistema capitalista. Si bien, su comentario sobre el fetichismo es muy breve, subraya la enigmática cualidad de las mercancías... él afirma que: «A primera vista, una *mercancía* parece ser una cosa trivial, de comprensión inmediata. Su análisis demuestra que es un objeto endemoniado, rico en sutilezas metafísicas y reticencias teológicas. En cuanto *valor de uso*, nada de misterioso se oculta en ella» (1979:87). Además, asevera que es el origen de las mercancías, esto es, el proceso que las genera, el que permanece

⁶ En este apartado sigo el esquema del análisis marxista trazado por Lesley A. Sharp (2000); sólo han cambiado las referencias de los textos marxistas en ediciones en castellano.

oscuro. El misterio de las mercancías descansa en el hecho de que «el valor... no lleva escrito... lo *que es*», en lugar de ello «transforma a todo producto del trabajo en un jeroglífico social. «Más adelante [procuramos] descifrar el sentido del jeroglífico, desentrañar el misterio de su propio producto social» (Sharp, 2000:3-4).

En este sentido el desciframiento de la mujer/mercancía, su consumo recae en el análisis marxista de la forma de valor de la **mercancía** «...*que es una cosa dual. La forma del valor de uso es la forma del cuerpo mismo de la mercancía... es la forma natural de la mercancía. La forma de valor de la mercancía, en cambio es su forma social*» (Marx, 1979:1017). Las mercancías, por otra parte, satisfacen necesidades humanas del tipo que sean independientemente de donde se originen. En este argumento, presento una larga cita de *El Capital* e inserto mis comentarios.

La [mujer/mercancía] es, en primer lugar, un objeto exterior, una cosa que merced a sus propiedades [a su cuerpo biológico y genérico] satisface necesidades [patriarcales] del tipo que fuera. La naturaleza de esas necesidades, el que se originen, por ejemplo, en el estómago o en la fantasía, [en la construcción cultural de la mujer] en nada modifica el problema (1979:43).

El *cuerpo* mismo de la *mercancía*, [el cuerpo de la mujer] es pues un *valor de uso* o un bien (44).

[De igual suerte, es preciso reducir los valores de cambio de las [mujeres/mercancías] a algo que les sea *común*, con respecto a lo cual representen un más o un menos [en términos de clase social, de género y también de raza y etnia] (46).

Leído Marx de esta manera, tenemos pues, que en la esfera del consumo, las mujeres representan mercancías que tienen un valor de uso y un valor de cambio de acuerdo con las construcciones culturales y a la vida material en la que están insertas. Así, las mujeres se convierten en artículos de consumo, en mercancías útiles cuyos cuerpos, frecuentemente, son valuados por su potencial (re)productivo (Sharp,

2000:5) y, entre otras cosas, por ser zonas de deseo de una diferencia consumible (Suren, 1995:2). Estos cuerpos, por tanto, necesitan ser regulados, disciplinados y codificados en su uso y en su cambio, en las distintas esferas de dominio en las que son usados y consumidos. Por eso, cuándo se pregunta ¿Quién mata a quién? Vemos que no es un acto libre disponible a todos; pero sí es una función patriarcal y de otras estructuras de poder que se sobreponen en la víctima (Cameron y Frazer, 1987:63).

En este sentido quienes han sido asesinadas lo han sido porque alguien o algunos se otorgaron el derecho de consumirlas y desecharlas. Y este acto tiene como referente de nuevo a Marx quien dice:

Las mercancías no pueden ir por sí solas al mercado ni intercambiarse ellas mismas. Tenemos, pues, que volver la mirada hacia sus custodios, *los poseedores de mercancías*. Las mercancías son cosas y, por tanto, no oponen resistencia al hombre. Si ellas se niegan a que las tome, éste puede recurrir a la violencia o, en otras palabras, apoderarse de ellas (1979:103).

Los custodios o los poseedores de las mercancías, afirma Marx, se relacionan mutuamente como personas cuya voluntad reside en el objeto. En este acto voluntario, entre ambos se apropian de la mercancía ajena al reconocerse ambos como propietarios privados. Esta es una relación de voluntades que reflejan la relación económica y la relación patriarcal para apoderarse totalmente de las mujeres. Al respecto, Simone de Beauvoir explica:

En primer lugar, la idea de posesión es siempre imposible de realizar positivamente; en verdad nunca se tiene nada ni a nadie; por tanto, uno intenta cumplirlo de un modo negativo; la manera más segura de afirmar que un bien es mío, consiste en impedirle a otro que lo use... Por lo demás, uno de los propósitos que persigue todo deseo es el de la consumación del objeto deseado, lo cual implica su destrucción (Beauvoir, 1999:156).

El tema de la objetivación del sujeto se convierte en clave de análisis para la subjetivación del mismo y es de vital importancia para

el consumo, uso y abuso del ser humano. «*El consumismo insiste de alguna forma en la objetivación, y transforma a las personas y sus cuerpos desde una categoría humana en objetos de deseo económico*» (Sharp, 200:5). Por tanto, la objetivación está presente en la subjetivación de las(los) individuos en este sistema social y permite que sobre ellos(as) se implante el consumo ya sea económico, sexual y asesino. Por eso, las imágenes de las niñas/mujeres asesinadas se ha trastocado, emergen como algo completamente diferente, desde lo físico hasta lo emocional, desde lo privado a lo público, algo enigmático, incomprensible y misterioso que hay que descifrar.

En términos humanos, como mercancía se les ha convertido, de acuerdo con Marx, «*en la más miserable de las mercancías*»; las mujeres han sido obra de un trabajo de una fantasía absurda de violencia de género, clase y color de piel. Una vida cuantificada en tales fragmentos subjetivos o «*construcciones letales*» (Schmidt, 2000:308) que son parte de convenciones y construcciones sociales, una forma de organizar a las personas en relación con otras personas con la naturaleza (Taussig, 1980:4) y con el cuerpo social. Sin embargo, cuando estas fragmentaciones hechas a las mujeres son vistas como naturales, impiden el análisis de la construcción social y desensibilizan al cuerpo social de la injuria que se ha cometido contra ellas. Isabel Velásquez lo dice en forma terminante:

Un solo argumento, acaso el más importante, ha estado ausente de los discursos de las autoridades, de las declaraciones a la prensa y de los expertos en criminalística: las muertas de Ciudad Juárez eran mexicanas, y como tales tenían pleno derecho a vivir... y a transitar libremente sin ser molestadas y sin poner en peligro sus vidas... Por el sólo hecho de vivir en una república que cuenta con un gobierno constitucional... Y aún después de muertas, tenían derecho a que el Estado usara su fuerza para... condenar a sus asesinos... y a que su nombre y su memoria no fueran puestos en entredicho por los representantes de la fuerza pública... (Benítez et al, 1999:84-85).

Sin embargo, esta violencia de género es parte del «*estar situada al margen del mundo [lo cual] no es una situación favorable*» (Beauvoir,

1999:129), para una ciudadanía de niñas y mujeres cuya «naturaleza sexual» ha sido instrumentada como lo no-normativo, su ascendencia racial es una grieta en la diferencia del cuerpo social blanco y su pobreza representa su exclusión del progreso material. Todas estas codificaciones hechas por el Otro, representan lo exótico, lo que se puede consumir (Suren, 1995). Ellas, las asesinadas, son las que llevan estas subjetivaciones en ellas mismas; ellas son las depositarias y portadoras de tales valores, de las diferentes estructuras de poder sobre las que menos tienen.

El análisis jeroglífico del cuerpo de la mujer asesinada es dual. Para quienes asesinan, es el objeto de la decoración en la cual es exhibida, es parte de un museo donde el(los) coleccionistas decoran el escenario libre con la libre exposición de su sexo y su sexualidad. Al mismo tiempo, llaman a repensarla en otros términos: en la deseada por los irrefrenables instintos sexuales de los feminicidas, a los que ella misma convocó por exponerse doblemente, en una doble vida, en un devenir de familias desintegradas. Su valor también es doble. Una vez fragmentada se le reúne en cuerpo integrado de otros cuerpos divididos con un valor indisolublemente engarzado con su valor económico y sexual: vale tan poco y es tan fácil de reemplazar en los procesos de producción, que requieren de cuerpos dóciles, de cuerpos colonizados. Al mismo tiempo, su doble valor refrenda los constreñimientos patriarcales para las mujeres, pero también esos cuerpos tienen habilidades de perpetuar el sistema social de Ciudad Juárez, de (re)sanarlo y de hacerlo puro por medio del ejemplo de su feminicidio.

De otro modo, cuando este feminicidio se «explica» como contingencias colaterales del crecimiento de las grandes urbes, de la naturaleza humana, de la psicopatología de los asesinos, y no se toma en cuenta que la conducta humana es producto del hombre y que es un producto social, el conocimiento mismo se cancela al entendimiento del orden social (Taussig, 1980:4) de quienes lo construyen y se benefician de él: el sistema patriarcal capitalista que la ha trastocado en un objeto subjetivado con un nuevo valor de uso y cambio.

Su fetichización es un signo que oscurece el modo en que ha sido producida y hace que la dominación masculina aparezca como algo

dado o natural. Fuera de esos cuerpos han quedado las fronteras de la familia, la nación, la identidad, el matrimonio y su pertenencia a grupos. Definitivamente, ella representa una nueva forma de opresión genérica y económica como parte de una (re)configuración de una nueva modernidad capitalista, racista y de género. Su consumo diferencial, de acuerdo con Lalvani Suren, genera una esfera de poder en el dominio del consumismo como un signo de valor e intercambio. Ahí queda representada como lo exótico y, al mismo tiempo que su cadáver es desplegado con todo su poder libidinal se le convierte en una mujer/mercancía fetichizada. Ya trastocada en un fetiche sexual, «*absorbe, contiene y explota las contradicciones de la modernidad aportadas en gran medida por la esfera fálica de la producción*» (1995:2).

Pero también, por «la marca del exceso» en la tortura y violación, su cadáver «*puede ser explotado para erotizar la mercancía y hacer el consumo una equivalencia de placer*» (Suren, 1995:5); y siguiendo el razonamiento de esta autora en relación con la fetichización de las mujeres, afirmo que los cuerpos incompletos y mutilados funcionan en su fragmentación como marcas de deseo para otros —los asesinos— que buscan lo exótico: inmigrante, morena, rural, provinciana, juarense, conocida, desconocida, joven, obrera de maquiladora, estudiante, empleada de zapatería, en conclusión: una mujer pobre. Por medio de estas características ha sido seducida por el consumo asesino, pero al mismo tiempo en el proceso de seducción ha sido transmutada como la imagen de una mercancía intercambiable en la que las relaciones humanas se transforman en cosas; por eso, lo que puede ser intercambiado entre los hombres son las mujeres.

Su asesinato no sólo representa la construcción de la otra como un objeto sensual para la muerte, sino que también simboliza la explotación de la otra (Suren, 1995) en la esfera de la diferencia exótica, en un discurso de superioridad racial y de desarrollo económico que legitima el consumo de las cosas y las personas como una fuerza civilizatoria (7-12). Pero, al mismo tiempo, ellas, a las que han convertido en «cosas» han perdido su conexión con su mundo social y paradójicamente aparecen al mismo tiempo como entidades inertes y animadas (Taussig, 1980:5). No encuentro mejor forma de comparar el consumo prolongado e impune de la niña/mujer fetiche sexual que a

través de estas dos palabras: inerte y animada. Las asesinadas se encuentran suspendidas entre una espera de justicia y a la vez las víctimas potenciales se manifiestan en una especie de ánimo revivido para la muerte, porque, como se pregunta Ramona Ortiz, *¿En qué sociedad es posible encontrar... cuerpos violentados sin que ocurra mayor cosa? ¿Qué le hace pensar a alguien (asesino ocasional o premeditado, individual o en serie, solo o acompañado, mexicano o extranjero) que en Ciudad Juárez puede violar y matar a una mujer sin temor a que le suceda algo?* (Benítez, et al, 1999:101).

Y qué, ¿no es acaso esto la transformación del cuerpo de la mujer en un fetiche sexual, que puede ser torturado, mutilado, violentado y desechado? El horror y las atrocidades se vuelven parte de la normalidad urbana y parte del exceso sexual de las niñas y mujeres que se lo buscaron, por tanto la colección de cuerpos puede seguir indefinidamente en una lógica de objetivación de las mujeres que son cruzadas por diferentes estructuras de poder que no se analizan en su discriminación creada; al contrario, se consideran como parte de su naturaleza. Y como tal, no se les concede el derecho de la ciudadanía, sino que se las margina y se les condena para que sean las víctimas de los agresores sexuales. El poco valor de su cuerpo femenino que no se adapta y trasgrede la cultura fronteriza, la cultura religiosa, la cultura económica se hace evidente cuando se le muestra en una decoración brutal que la convierte en un jeroglífico de su (in)significancia y en ese mismo jeroglífico queda oculto quien la laceró y la exhibió.

El beneficio sexual y económico de estos cuerpos inertes pareciera que ha terminado con su muerte, pero sigue presente en la fetichización de los espacios prohibidos, en el escenario unidimensional de las mujeres/objetos que se tiran en el desierto durante largo tiempo y evoca toda una historia de sufrimiento que permanecen en la memoria colectiva de mujeres y hombres, pero claro, con diferentes significados para ambos grupos, ya que la memoria no se puede aceptar igual desde cualquier situación social. La reflexión sobre la vida y la dignidad humana no está por tanto en el centro de la ciudad, sino en sus márgenes: en los lotes baldíos, en los arenales, en el desierto donde han sido arrojados los cuerpos. Todos estos escenarios y despojos de cuerpos nos revelan la funcionalidad económica de la violencia contra la mujer de una fantasía

aberrante y absurda de género, raza y clase social. Todos estos elementos se convierten en coordenadas sexuales entrelazadas en la mujer como fetiche sexual. Sólo cuando el Estado, garante de la justicia, reconozca estas omisiones que se convirtieron en crímenes contra la humanidad, se reestablecerá, aunque tardíamente, la lógica de la justicia. En ese momento, víctimas y familiares tendrán justicia.

Bibliografía

- BALDERAS DOMÍNGUEZ, J. (2002). *Mujeres, antros y estigmas en la noche juarense*, Chihuahua, Instituto Chihuahuense de la Cultura.
- BEAUVOIR, S. de (1999). *El segundo sexo*. Traducción de Juan García Puente. Editorial Sudamericana, Buenos Aires.
- BENÍTEZ, R. et al (1999). *El silencio que la voz de todas quiebra*. Ediciones del Azar, Chihuahua.
- CAMERON, D. y FRAZER, E. (1987). *The lust to kill*. University Press, Nueva York.
- COMAROFF, J. y COMAROFF, J. L. (1999). Occult economies and the violence of abstraction: Notes from the South African Postcolony. En: *American Ethnologist*, Tomo 26, No. 2, Mayo, p. 279. Disponible en: <http://proquest.umi.com/pqdweb?TS>.
- De la O MARTÍNEZ, M. E. (2001). Ciudad Juárez: un polo de crecimiento maquilador. En: María Eugenia de la O y Cirila Quintero (Coords.) *Globalización, trabajo y maquilas: Las nuevas y viejas fronteras en México*. Plaza y Valdés, México, pp. 25-71.
- DONALDSON, L. E. (1999). On medicine women and white shame-ans: New age Native Americanism and commodity fetishism as pop culture feminism. En: *Signs*, Vol. 24, No. 3, p. 677. Chicago.
- FREGOSO, R. L. (2003). *Mexicana encounters: The making of social identities on the borderlands*. University of California Press, Los Angeles.
- HARVEY, D. (2003). *Espacios de esperanza*. Ediciones Akal, S. A., España.
- JHALLY, S. (1990). *The Codes of Advertising*. Routledge, Nueva York.
- KEESING, R. M., et al (1987). Anthropology as an interpretative quest; Comments y Reply. En: *Current Anthropology*, Vol. 28, No. 2, Abril, pp. 161-176.

- LAGARDE, M. (1999). *Una mirada feminista en el umbral del milenio*. Universidad Nacional, Instituto de Estudios de la Mujer. Costa Rica.
- MARX, C. (1977). *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*. Ediciones de Cultura Popular, México.
- (1979). *El Capital*. Tomo 1, Vol. 1-3. Siglos XXI Editores, México.
- MARX, C. y ENGELS, F (s. f.). *Obras Escogidas*. Ediciones de Cultura Popular S. A. México.
- PINIKOWSKI, S. E. (2002). *Bodies of Pain: Suffering in the works of Hartmann von Aue*. Routledge, Nueva York.
- RADFORD, J. y RUSSELL, D. (Eds.) (1992). *Femicide: The politics of woman killing*. Twayne Publishers, Nueva York.
- RUSSELL, D. y HARMES, R. (2001). *Femicide in global perspective*. Teachers College Press, Nueva York.
- SCHMIDT, A. (2000). *Migrant Subjects: Race, Labor and Insurgency in the Mexico-US Borderlands*. Tesis de doctorado en Pensamiento Moderno y Literatura, Stanford University.
- SHARP, L. A. (2000). The commodification of the body and its parts. En: *Annual Review of Anthropology*. Palo Alto, Vol. 29, p. 287.
- SUREN, L. (1995). Consuming the exotic other. En: *Critical studies in mass communication*, Annandale, septiembre, Vol. 12, No. 3, p. 263.
- TAUSSIG, M. (1980). *The devil and commodity fetishism in South America*. Chapel Hill, The University of North Carolina Press, p. 264.
- WILLIAMS, P. (2001). On being the object of property. En: Herrmann, A. y Stewart, A. (Eds.). *Theorizing Feminism*. Westview Press, Boulder, Colorado.